

Jóvenes sin tregua
Culturas y políticas de la violencia

Francisco Ferrándiz
Carles Feixa (Eds.)

Humberto Abarca
Philippe Bourgois
Jeffrey S. Juris
Larissa Lomnitz
Julie Peteet

Nancy Scheper-Hughes
Mauricio Sepúlveda
José Fernando Serrano
Loïc Wacquant
Joseba Zulaika

Jóvenes sin tregua : Culturas y políticas de la violencia / Francisco Ferrándiz y Carles Feixa, eds. pp.; il.; cm.— (Libros de la Revista Anthropos)

ISBN 84-7658-729-5

1. Violencia juvenil 2. Juventud urbana
3. Bandas 4. Subcultura 5. Jóvenes y violencia
I. Ferrándiz, Francisco (ed.) II. Feixa, Carles (ed.)
III. Colección
301.18-053.6

Primera edición: 2005

© Francisco Ferrándiz *et alii*, 2005

© Anthropos Editorial, 2005

Edita: Anthropos Editorial. Rubí (Barcelona)

www.anthropos-editorial.com

ISBN: 84-7658-729-5

Depósito legal: B.14.851-2005

Diseño, realización y coordinación: Plural, Servicios Editoriales

(Nariño, S.L.), Rubí. Tel. y fax 93 697 22 96

Impresión: Novagràfik. Vivaldi, 5. Montcada i Reixac

Impreso en España - Printed in Spain

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Prólogo

Jóvenes guerrilleros veteranos de guerra a los 14 años; jóvenes *leones* convertidos en cabezas de turco tras el fin del *apartheid*, jóvenes que se rebelan lanzando piedras contra ejércitos armados con tanques y armas automáticas; jóvenes *porros* utilizados como fuerzas de choque en el combate partidista; jóvenes delatores y terroristas en primera línea de frente de conflictos étnicos y políticos; jóvenes que boxean para salir del *ghetto*; jóvenes *sicarios* del narcotráfico de vida breve y vertiginosa; jóvenes que se reúnen en *barras bravas* para exorcizar su rabia y alimentar su esperanza; jóvenes espiritistas que despliegan ritualmente en su propio cuerpo los excesos de la violencia cotidiana; jóvenes resistentes del movimiento *antiglobalización* organizados en el ciberespacio. Las mil caras de una violencia ejercida y sufrida por jóvenes de todo el planeta, que parece renacer con el nuevo milenio y ante cuyas imágenes retóricas no parecen existir respuestas fáciles, pues las violencias sociales tienden a expresarse en términos culturales y las fronteras políticas a traducirse en brechas generacionales.

El presente libro intenta abordar el estudio de la violencia juvenil desde una perspectiva transcultural, a partir de la presentación de una serie de estudios etnográficos que cubren un amplio espectro geográfico y social. Con este fin recuperamos artículos publicados en revistas académicas internacionales, pero de difícil acceso para el público castellanoparlante, que completamos con otros textos inéditos, que exponen datos de investigaciones recientes. Están representados cuatro continentes: hay dos estudios localizados en Europa (Euskadi y Génova), uno en África (el *squatter camp* sudafricano), otro en el Próximo Oriente (Palestina), dos en Estados Unidos (el *ghetto* americano) y cinco en América Latina (El Salvador, México, Colombia, Venezuela y Chile). También están representadas diversas expresiones de la violencia: bélica, guerrillera, terrorista, política, cotidiana, deportiva, ritual y mediática.

La primera parte del volumen presenta una serie de estudios relacionados con las *políticas de la violencia* (es decir, con aquellas expresiones de violencia cuyas raíces brotan de conflictos de poder presentes en el conjunto de una determinada sociedad). Abre el volumen un texto de Philippe Bourgois en el que establece una conceptualización de diversos tipos de violencia política, estructural, simbólica y cotidiana, que ilustra con datos etnográficos sobre la guerra civil salvadoreña y un barrio de Nueva York, comparando la experiencia de jóvenes guerrilleros y consumidores de *crack*. Julie Peteet interpreta la *intifada* como un gran ritual iniciático para los niños y adolescentes palestinos. Nancy Scheper-Hughes evoca el final del *apartheid* a través de las narrativas de los jóvenes *leones* del *African National Congress*. Larissa Lomnitz analiza los usos del miedo a partir de un estudio de caso sobre las pandillas de *porros* mexicanos (jóvenes utilizados

JULIE PETEET es antropóloga estadounidense. En la actualidad es directora del Departamento de Antropología de la Universidad de Louisville (Kentucky, Estados Unidos). Es la autora de *Gender in Crisis: Women and the Palestinian Resistance Movement* (Columbia University Press, 1991) y *Landscapes of Hope, Landscapes of Despair: Place and Identity in a Palestinian Camp* (University of Pennsylvania Press, 2004).

NANCY SCHEPER-HUGHES es antropóloga estadounidense. En la actualidad es profesora en la Universidad de California en Berkeley y, desde 1984, directora del Programa de Doctorado Critical Studies in Medicine, Science and the Body de dicha universidad. Entre sus múltiples publicaciones pueden destacarse *Saints, Scholars and Schizophrenics* (University of California Press, 1986), *La muerte sin llanto: Violencia y vida cotidiana en Brasil* (Ariel, 1997) y *The End of the Body: Global Traffic in Organs* (Farrar, Strauss & Giroux, en prensa). Es coeditora, con P. Bourgois, de *Violence in War and Peace: A Reader* (Blackwell, 2003).

MAURICIO SEPÚLVEDA es licenciado en Psicología Social por la Universidad de Concepción (Chile) y máster en Antropología por la Universidad Rovira y Virgili de Tarragona (España). Es profesor de la Universidad Diego Portales (Chile) y miembro del equipo de investigación «Infancia, juventud y cambios culturales». Se ha especializado en el estudio de las culturas juveniles en su relación con las drogas, la violencia y la masculinidad. Ha publicado diversos artículos, entre los que podemos destacar «Reflexiones en torno a la distinción entre estudios sobre y desde los jóvenes: hacia una cartografía deseante» (2002).

JOSÉ FERNANDO SERRANO es antropólogo colombiano, ha sido director de la Línea de Investigación en Jóvenes y Culturas Juveniles del Departamento de Investigaciones de la Universidad Central (Bogotá, Colombia). Investigador y docente en las áreas de identidades culturales, jóvenes, género y sexualidad. Ha publicado *Mejor querer más de la vida. Concepciones de vida y muerte en jóvenes urbanos* (Bogotá, DIUC, 2004).

LOÏC WACQUANT es sociólogo francés. En la actualidad es profesor en la Universidad de California en Berkeley (Estados Unidos) e investigador en el Centre de Sociologie Européenne del College de France. Entre sus libros traducidos al castellano pueden destacarse *Partidos urbanos: Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio* (Manantial, 2001), *Las cárceles de la miseria* (Alianza, 2002) y *Cuerpo y alma: Cuadernos etnográficos de un aprendiz de boxeador* (Alianza, 2003). Publicó, junto con Pierre Bourdieu, *Respuestas: Por una antropología reflexiva* (Grijalbo, 1994).

JOSEBA ZULAIKA es antropólogo vasco. En la actualidad es profesor y director del Centro de Estudios Vasco de la Universidad de Nevada en Reno (Estados Unidos). Entre sus muchas publicaciones pueden destacarse *Enemigos, no hay enemigo* (Erein, 1999), *Crónica de una seducción: el Museo Guggenheim Bilbao* (Nerea, 1997) y *Violencia Vasca: Metáfora y sacramento* (Nerea, 1990). Escribió, junto con William Douglass, *Terror and Taboo: The Follies, Fables and Faces of Terrorism* (Routledge, 1996).

Índice

Prólogo	7
Más allá de una pornografía de la violencia. Lecciones desde El Salvador, por Philippe Bourgois	11
Masculinidad y rituales de resistencia en la <i>intifada</i> palestina. La política cultural de la violencia, por Julie Peteet	35
¿Quién es el asesino? Justicia popular y derechos humanos en un <i>squatter camp</i> sudafricano, por Nancy Scheper-Hughes	61
Los usos del miedo. Pandillas de porros en México, por Larissa Lomnitz	85
La tragedia de Carlos. Los vericuetos de la violencia vasca, por Joseba Zulaika	95
Protección, disciplina y honor. Una sala de boxeo en el gueto americano, por Loïc Wacquant	113
La cotidianidad del exceso. Representaciones de la violencia entre jóvenes colombianos, por José Fernando Serrano	129
Barras bravas, pasión guerrera. Territorio, masculinidad y violencia en el fútbol chileno, por Humberto Abarca y Mauricio Sepúlveda	145
Venas abiertas. Africanos y vikingos entre los jóvenes espiritistas venezolanos, por Francisco Ferrándiz	171
Violencia representada e imaginada. Jóvenes activistas, el <i>Black Bloc</i> y los medios de comunicación en Génova, por Jeffrey S. Juris	185
Epílogo. Jóvenes sin tregua, por Carles Feixa y Francisco Ferrándiz	209
Autores	235

saña sus propios cuerpos y estructuras afectivas—, nos evoca el hastío de una generación de jóvenes con las intolerables circunstancias en las que tiene que desempeñar su vida cotidiana, y también la posibilidad quizá utópica de que la violencia, en este caso concreto, esté alcanzando el límite de tolerancia desde el que pueda comenzar a desactivarse.

Bibliografía

- ACOSTA SAIGNES, M. (1984), *Vida de los esclavos negros en Venezuela*, Caracas: Vadell Hermanos.
- BOURDIEU, P. (2000), *Contrafuegos: Reflexiones para servir a la resistencia contra la invasión neoliberal*, Barcelona: Anagrama.
- BOURGOIS, PH. (1995), *In Search of Respect: Selling Crack in El Barrio*, Cambridge: Cambridge University Press.
- CONNERTON, P. (1989), *How Societies Remember*, Nueva York: Cambridge Univ. Press.
- CORONIL, F. (1997), *The Magical State: Nature, Money and Modernity in Venezuela*, Chicago: The University of Chicago Press.
- FERRÁNDIZ, F. (1999), «El culto de María Lionza en Venezuela: Tiempos, espacios, cuerpos», *Alteridades* 9 (18): 39-55.
- (2003), «Espíritus de la violencia: Los *malandros* en el culto de María Lionza (Venezuela)», en C. Feixa y F. Ferrándiz (eds.), *Violencias y Culturas*, Barcelona: FAAEE / ICA.
- GALEANO, E. (1971), *Las venas abiertas de América Latina*, Madrid: Siglo XXI.
- GARCÍA, J. (1989), *Contra el cepo: Barlovento, tierra de cimarrones*, Caracas: Lucas y Trina.
- HERNÁNDEZ, T. (2000), «El desafío de la violencia en el actual sistema político Venezolano», manuscrito.
- HERNÁNDEZ, T. (1994), «La cultura de la violencia en Venezuela», en L. Ugalde et al., *La violencia en Venezuela*, Caracas: Monte Ávila.
- KLEINMAN, A. y J. KLEINMAN (1994), «How Bodies Remember: Social Memory and Bodily Experience of Criticism, Resistance, and Delegitimization Following China's Cultural Revolution», *New Literary History* 25 (3): 707-723.
- LINGIS, A. (1994), *Abuses*, Berkeley: University of California Press.
- MÁRQUEZ, P. (1999), *Youth on the Streets, Commodities and Violence in Caracas*, Stanford: Stanford University Press.
- OCHOA ANTIC, E. (1992), *Los golpes de febrero: de la rebelión de los pobres al alzamiento de los militares*, Caracas: Fuente Editores.
- SALAS, Y. (1998), «La cárcel y sus espíritus guerreros: Una aproximación a los imaginarios de la violencia», *Tribuna del investigador* 5 (1): 20-37.
- TURNER, T. (1980), «The Social Skin», en J. Chertaf y R. Lewin (eds.), *Not Work Alone*, Londres: Temple Smith.
- UGALDE, L. et al. (1994), *La violencia en Venezuela*, Caracas: Monte Ávila.
- WACQUANT, L. (2001), *Partias urbanos: Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio*, Buenos Aires: Manantial.

Violencia representada e imaginada. Jóvenes activistas, el *Black Bloc* y los medios de comunicación en Génova*

Jeffrey S. Juris

El 21 de julio de 2001, los militantes italianos de *Tute Bianche* (Monos Blancos)¹ declararon la guerra simbólica al G8 en Génova, convocando a decenas de miles de manifestantes contra una globalización corporativa llegados de todo el mundo, a un bloqueo ritualizado de la «zona roja» establecida por las autoridades italianas para proteger la cumbre. El terreno urbano de la resistencia (Routledge 1994) fue dividido en diferentes espacios para acomodar diversas formas de expresión política, incluyendo a pacifistas organizados según un código de colores, los Monos Blancos, el festivo *Pink Bloc* (Bloque Rosa) y las tácticas de acción directa de los militantes del *Black Bloc* (Bloque Negro). Sin embargo, al poco de empezar el sitio, una confrontación simbólica entre manifestantes y policía dio paso a una brutal represión por parte del Estado italiano. Para muchos observadores, Génova se convirtió en sinónimo de protesta violenta, una metonimia que evocaba imágenes visuales de gas lacrimógeno, coches en llamas y jóvenes manifestantes vestidos de negro lanzando piedras y cócteles Molotov contra las primeras líneas de cuerpos policiales altamente militarizados. Igualmente evocativas son las impresionantes imágenes del cadáver encapuchado del joven de 22 años Carlo Giuliani, bañado en un charco con su propia sangre, tras recibir dos disparos en la cara y la espalda desde un jeep policial armado. El mundo fue sorprendido por fotografías de restos de sangre sobre las escaleras, suelos y paredes de la Escuela Díaz, donde una unidad especial de la policía italiana llevó a cabo un brutal operativo nocturno contra manifestantes que dormían, en la noche posterior a la jornada durante la cual más de 300.000 personas tomaron las calles. Imágenes de guerrilla urbana difundidas por todo el mundo a través de los *mediascapes* globales (Appadurai 1996), que contribuyeron a construir la imagen de la Batalla de Génova, filtrada por los medios, como un signo icónico de destrucción y violencia sin sentido.

* Este artículo se basa en el trabajo de campo realizado en Génova durante una investigación doctoral en el Departamento de Antropología de la Universidad de California, Berkeley, llevado a cabo en Barcelona entre junio de 2001 y agosto de 2002, financiado por la Wenner-Gren Foundation for Anthropological Research, Inc. y el Social Science Research Council (con fondos de la Andrew W. Mellon Foundation). La tesis, titulada *La lógica cultural de la Red: el activismo transnacional y el movimiento para la resistencia global*, fue presentada en mayo de 2004.

1. Denominados así por vestirse con el uniforme del obrero industrial (el *mono*) pero de color blanco (*N. del T.*).

El presente artículo explora el fenómeno de la violencia política en el seno del movimiento de antiglobalización corporativa,² a través de un análisis etnográfico de las protestas anti-G8 en Génova. Aunque en otro lugar examino también las dinámicas del terrorismo de estado de baja intensidad (Juris 2004), este artículo enfatiza las relaciones entre violencia *performativa*³ por parte de los jóvenes militantes y construcciones de la violencia por parte de los medios de comunicación. Dada su naturaleza espectacular, altamente confrontativa, las tácticas militantes tienden a dominar la cobertura mediática de la protesta política, conformando una arena crucial dentro del territorio más vasto de las políticas del significado, clave para definir las formas legítimas y efectivas de disenso. ¿Cuál es la relación entre violencia activista *performativa* y sus representaciones en los medios de comunicación? ¿Cómo influye en el resultado de la protesta política la interacción dinámica entre violencia activista *performativa* y construcciones mediáticas de la violencia? ¿Cómo condicionan estas dinámicas los debates tácticos dentro del movimiento mismo?

La emergencia de un Movimiento Global en Red

El 30 de noviembre de 1999 cerca de 50.000 personas tomaron las calles para protestar contra la globalización corporativa en el encuentro de la Organización Mundial de Comercio (OMC), que debía tener lugar en Seattle (Estados Unidos). Una coalición plural de ecologistas, activistas de la justicia económica y laboral, etc., forzó la suspensión del encuentro, frustrando la ronda de negociaciones sobre la liberalización del comercio. Las imágenes mediáticas de marionetas gigantes, gas lacrimógeno y batallas callejeras entre manifestantes y policías fueron retransmitidas por todo el mundo, lo que situó en la escena pública tanto a la OMC como a una nueva forma de acción colectiva. Seattle se convirtió en símbolo y en grito de batalla para una nueva generación de activistas, al mismo tiempo que emergían en todo el planeta redes de organizaciones antiglobalización corporativa.

Aunque lo que después se conocería como movimiento anti-globalización fue en buena medida alumbrado en Seattle, en realidad allí confluyeron una pluralidad de redes y procesos históricos, generando un nuevo modelo de protesta social que incluía la acción directa, foros de ONG, marchas sindicales, manifestaciones, medios de comunicación independientes, así como la convergencia de militantes por la justicia económica, ecologistas, feministas, activistas por la solidaridad laboral e internacional, etc. Como proclamó el eslógan contra el Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA) en abril de 2001: «¡El movimiento no empezó en Seattle, ni acabará en Quebec!». Los activistas buscaron entonces las raíces del movimiento en la revuelta zapatista de Chiapas, la campaña contra el Acuerdo Norteamericano de Libre Comercio, los Acuerdos Multilaterales de Inversión, el

2. El término antiglobalización es engañoso, por lo que preferimos añadir el adjetivo *corporativa* para resaltar que nos referimos al tipo de globalización gestionada por corporaciones transnacionales.

3. Hemos optado por mantener en inglés el sustantivo *performance* y el adjetivo *performativa*, por su uso extendido en ciencias sociales. Las formas verbales derivadas las traducimos por «representar» (N. del T.).

activismo estudiantil anti-corporativo, la acción directa radical de inspiración anarquista, etc., uniendo tradiciones que provenían de Estados Unidos, Gran Bretaña, Italia y Alemania, entre otros países. Seattle fue también el tercero de una serie de Días de Acción Global coordinados de una forma descentralizada por la red Acción Global de los Pueblos (AGP), que se formó en 1998 en el seno de los movimientos sociales reunidos en el Encuentro Zapatista contra el neoliberalismo en Chiapas (1996) y en el Estado Español (1997).

Cuando todas estas trayectorias diversas convergieron, el resultado fue algo completamente nuevo, mayor que la suma de sus partes. Por un lado, la «Batalla de Seattle», presentada como una imagen suceso *prime-time* (Deluca 1999), se difundió rápidamente a través de los medios de comunicación, capturando la imaginación de activistas de largo recorrido así como de nuevos revolucionarios posmodernos. Por otra parte, los activistas siguieron los sucesos de Seattle y los posteriores a través de listas de distribución por Internet, sitios web y el recién creado Independent Media Center. Nuevas redes empezaron a aparecer, como la Red Continental de Acción Directa (RAD) en Norteamérica y el Movimiento de Resistencia Global (MRG) en Cataluña, mientras las redes globales ya existentes, como AGP, el Movimiento Internacional para el Control Democrático de los Mercados Financieros (ATTAC), o Vía Campesina desempeñaron también un papel crucial durante este estadio formativo. Aunque las formaciones *multifrecuencia* (Arquilla y Ronfeldt 2001) más difusas y descentralizadas, como AGP, RAD y MRG, han encontrado dificultades para subsistir, han facilitado también un mecanismo eficaz para la generación de comunicación y coordinación física y virtual en tiempo real entre diferentes movimientos, grupos y colectivos a nivel local, regional y global.⁴

El movimiento ha crecido sobremanera y se ha expandido a través de la organización de movilizaciones de masas, que incluyen acciones directas altamente confrontativas y foros contra las cumbres de las instituciones financieras y políticas multilaterales. Las protestas contra la OMC suelen ser un gran éxito, y dondequiera que se encuentren, los activistas intentan crear un «nuevo Seattle». Las movilizaciones de masas ofrecen resultados concretos en torno a los cuales organizarse, también facilitan los espacios físicos donde los activistas se encuentran, las redes virtuales se encarnan, los sentidos y las representaciones son producidos y contestados, y los valores políticos son representados ritualmente. Los sucesos públicos pueden verse en conjunto como «focos culturalmente constituidos para el procesamiento de información» (Handelman 1990: 16), mientras las acciones directas, en particular, generan una intensa energía emocional, estimulando el «enredarse» (*networking*) en el seno de esferas públicas y sumergidas. Las protestas de masas posteriores fueron organizadas contra el Banco Mundial (BM) y el Fondo Monetario Internacional (FMI) en Washington, D.C., el 16 de abril de 2000, mientras que el movimiento se hizo realmente global durante las acciones contra el encuentro del FMI que tuvo lugar en Praga el 26 de septiembre de 2000. Los activistas provienen de toda Europa, muchos de ellos llegados del Estado español, Italia, Alemania y

4. Aunque AGP sigue más o menos funcionando, el RAD se desarticuló durante el año posterior a Seattle. El MRG-Catalunya duró algo más, coordinando actividades, encuentros y acciones desde Praga hasta enero de 2003, cuando la red se autodisolvió, como respuesta a la baja participación y como una declaración más amplia en contra de la reproducción de estructuras clásicas.

Gran Bretaña, y de otras partes del mundo, incluyendo los Estados Unidos, América Latina y Asia del Sur. Otras acciones solidarias se llevaron a cabo en ciudades de Europa, América del Norte y del Sur, así como en distintas partes de Asia y África.

El I Foro Social Mundial (FSM) organizado en Porto Alegre, Brasil, en enero de 2001, coincidiendo con el Foro Económico Mundial que se reúne cada año en Davos, Suiza, supuso un importante paraguas, pues el movimiento empezó a enfatizar de manera más clara alternativas nuevas y efectivas a la globalización liderada por las corporaciones. El inesperado éxito del I FSM fue magnificado de manera significativa por las dos ediciones siguientes, que atrajeron respectivamente a 70.000 y 100.000 personas de todo el mundo. Pero más que un congreso, el FSM constituye un proceso dinámico que implica la convergencia de múltiples redes, movimientos y organizaciones. Mientras la AGP sigue siendo más radical, horizontal y más o menos libertaria, el FSM es un espacio político más amplio, que incluye tanto a nuevos movimientos descentralizados basados en la red como a las fuerzas más jerárquizadas de la izquierda tradicional. Mientras tanto, las acciones de masas siguieron intensificándose durante la primavera de 2001, incluyendo las protestas contra el ALCA en Quebec, la Unión Europea en Gotemburgo, el BM en Barcelona y el G8 en Génova. Las movilizaciones siguieron creciendo después de Génova, incluyendo la gigantesca marcha de medio millón de personas en Barcelona contra la cumbre de la Unión Europea en marzo de 2002. El movimiento por la justicia global y contra la guerra de Irak confluyeron progresivamente en otoño de 2002 e invierno del 2003, culminando en las marchas contra la guerra en las que participaron millones de manifestantes en toda Europa, incluyendo la manifestación de más de un millón de personas que tuvo lugar en Florencia en noviembre con motivo del Foro Social Europeo y la que se produjo en febrero en Barcelona donde participaron dos millones de personas. Después, decenas de miles de activistas por la paz y la justicia global se encontraron en junio de 2003 en la pequeña ciudad alpina de Evian, en la frontera entre Francia y Suiza, para protestar contra la cumbre altamente militarizada del G8, mientras activistas de todo el mundo se manifestaron en contra de la cumbre de la OMC en Cancún el siguiente septiembre.

Violencia sin sentido

La violencia *performativa* es una forma de interacción social significativa mediante la cual los actores construyen realidad social basándose en los modelos culturales disponibles. Como señala Anton Blok (2000: 24), «más que definir a priori violencia como algo irracional y sin sentido, debemos considerarla como una forma cambiante de interacción y comunicación, como un patrón cultural de acción significativa históricamente desarrollado». La violencia tiene tanto componentes práctico-instrumentales como simbólico-expresivos (Riches 1986: 11). Los primeros implican el intento de transformar directamente el entorno social, mientras que los segundos enfatizan la comunicación y dramatización de importantes ideas y valores sociales, aunque la distinción sea sólo de grado. Utilizo violencia *performativa* para referirme a la representación de rituales simbólicos en los que se da una interacción violenta que pone el énfasis en la comunicación y la expre-

sión culturales.⁵ En el contexto de la acción política, la violencia *performativa* puede verse como un modo de comunicación a través del cual los activistas intentan hacer efectiva la transformación social mediante una confrontación simbólica basada en «la representación de relaciones de antagonismo y la ejecución de imágenes prototípicas de violencia» (Schroder y Schmidt 2001: 10).

Las *performances* violentas funcionan en gran medida a través de formas espectaculares, no verbales, de exhibición (*display*) icónica (Beeman 1993; Zulaika y Douglass 1996: 11-12). Ello suministra a los activistas de base recursos simbólicos valiosos, como señala Joel P. Rhodes en su estudio sobre la protesta interpretativa contra la guerra de Vietnam: «Para pequeños grupos militantes con recursos limitados... las *performances* violentas contra los símbolos del sistema americano son la vía más económica y visualmente llamativa para conseguir una victoria simbólica inmediata contra sus adversarios más poderosos, mientras el apoyo potencial se radicaliza de forma correlativa» (2001: 3). Un argumento similar puede aplicarse a los grupos militantes contemporáneos implicados en la violencia *performativa* contra los símbolos del capitalismo global. Más allá de la comunicación política, la violencia *performativa* es también fructífera en otro sentido: en la forja de identidades políticas. Por una parte, la violencia puede ayudar a establecer fronteras entre diferentes grupos (Bowman 2001); por otra parte, formas específicas de *performance* violenta pueden asociarse con identidades, estilos y prácticas de oposición particulares (Feldman 1991; Peteet 2001; Peterson 2001). Además, las *performances* violentas agresivas implican a menudo el tipo de comportamiento fanfarrón tradicionalmente asociado con los ritos de paso masculinos y la consecución de identidades políticas masculinas en muchas partes del mundo (Gilmore 1990).

Además de ser culturalmente interpretada, la violencia es también un poderoso icono simbólico. El imaginario simbólico y las representaciones culturales de la violencia son omnipresentes y pueden llevar a cabo diferentes tipos de trabajo simbólico. Por ejemplo, los medios de comunicación y las industrias del entretenimiento producen y difunden imágenes de violencia para captar audiencias, mientras los Estados usan imágenes violentas para proyectar su poder mediante desfiles militares, exhibición de armamento e incluso a veces mediante la retransmisión de imágenes de la misma guerra (Aijmer 2000: 10; Schroder y Schmidt 2001: 10). Como señala Goren Aijmer (2000: 7), la violencia «es un poderoso elemento del orden imaginario, un lenguaje icónico incorporado a tipos muy distintos de textura simbólica. En el discurso social, la violencia surge como un signo con referentes y propósitos múltiples para una determinada acción». En el contexto de la protesta política, los activistas utilizan los iconos violentos para comunicar confrontación radical, mientras las fuerzas policiales emplean la actuación violenta, incluyendo uniformes, cascos y escudos militares, para proyectar poder y autoridad (Fillieule y Jobard 1997).

Por otra parte, las representaciones mediáticas de la violencia son cruciales para la dinámica de la protesta radical. Como han estudiado Bauman y Briggs (1980), las *performances* violentas pueden utilizarse como textos, sacándolos de

5. Dado que comporta actividad ritualizada de carácter simbólico, el término violencia *performativa* es a menudo utilizado de forma intercambiable con el de violencia simbólica. Sin embargo, para evitar la confusión con el uso más restringido que Pierre Bourdieu (2001) hace de este último término, aquí no lo uso.

su medio original y reincorporándolos a contextos discursivos completamente nuevos. La habilidad de los medios de comunicación para descontextualizar imágenes de violencia *performativa* y reinsertarlos en marcos interpretativos alternativos es un componente central en las dinámicas de la lucha por la hegemonía. Los activistas militantes llevan a cabo *performances* violentas espectaculares, en parte para ganar acceso a los medios de comunicación comerciales, que buscan constantemente historias e imágenes sensacionales. Las formas cotidianas y rutinarias de la protesta no son noticia, mientras que las imágenes icónicas de coches en llamas y batallas callejeras entre manifestantes enmascarados y cuerpos policiales militarizados son retransmitidas al instante a través de las redes globales de comunicación. Por otra parte, los dirigentes de la policía y del Gobierno pueden manipular las imágenes violentas, sacándolas de contexto y reinsertándolas en narrativas que presentan a los manifestantes como criminales peligrosos o terroristas responsables de actos de violencia sin sentido (Gitlin 1980). Los medios de comunicación estatales intentan separar a los movimientos implicando a los sectores moderados en la condena de la violencia militante, o bien asociando a todos los manifestantes con la violencia, para justificar así la represión física indiscriminada. Sin embargo, siempre existe la posibilidad de que los elementos más liberales (léase progresistas) de los medios presenten a la policía como la responsable de la violencia, poniendo de este modo a resguardo la legitimidad del movimiento. En la era de la información, el combate de los movimientos sociales se produce, en gran medida, a través de estas guerras mediáticas de interpretación simbólica.

Entrando en el terreno urbano de la resistencia

Al hilo de la escalada de violencia en Barcelona y Gotemburgo, la declaración de guerra de los Monos Blancos y la postura intransigente del Gobierno Berlusconi, la cuestión de la protesta violenta y de la represión estaba en la mente de todos los que iban a participar en el sitio de Génova el 20 de julio de 2002. Además, la vigilancia constante —incluyendo policía secreta y helicópteros—, la presencia desafiante de centenares de miembros de cuerpos policiales altamente militarizados y unidades de *carabinieri*, la construcción de una valla alrededor de la zona protegida y una avalancha de amenazas de bomba de presuntos anarquistas, crearon un clima de tensión y miedo. Fue en el contexto de esta emergente campaña de terror cuando los activistas ultimaron sus «planes de batalla», lo que conllevó un complejo proceso de debate y negociación mediante la utilización de tácticas específicas, la división física del espacio urbano y la coordinación de las diferentes redes. Decidí participar en la marcha festiva del Pink Bloc, uniéndome a jóvenes manifestantes de Cataluña y España, al lado de centenares de activistas radicales, en su mayoría no violentos. El mismo día del sitio, llegamos al centro de encuentro de Piazza Kennedy sobre las 11 de la mañana para ultimar los preparativos. La atmósfera de excitación nerviosa incrementaba por momentos la tensión de los días previos, mientras la gente acababa de hacer sus vestidos, pelucas y sostenes. Sobre las 12, la banda de samba empezó a improvisar un círculo de percusión en la entrada de la Piazza, y los 600 miembros del Pink Bloc se pusieron detrás de ellos. Pocos minutos después, la marcha llegó a la calle. El sitio había empezado.

Cuando descendíamos por el gran bulevar al suroeste de la zona roja —bailando, tocando el tambor y dejándonos ir al son de la música disco de ocasión— mis ojos empezaron a humedecerse, mientras todos percibíamos el olor familiar del gas lacrimógeno. La confrontación más importante no se esperaba que empezase antes de la una de la tarde, lo que nos indujo a presentir el tipo de jornada que se avecinaba. Me aparté hacia la izquierda, donde una multitud de varios millares de personas había empezado a lanzar botellas contra la valla. Policías antidisturbios estaban lanzando botes de gas lacrimógeno a varios miles de personas que llevaban grandes señales blancas y rojas, mientras pequeños grupos de manifestantes enmascarados vestidos de negro empezaron a dirigirse hacia la policía devolviéndoles los botes, junto a piedras y botellas. «Esto es la marcha de COBAS»,⁶ dijo alguien, «parece como si alguien nos hubiera mezclado con el Black Bloc». Ansiosos por trasladarnos al lado norte de la ciudad, intentamos huir del combate. Poco después de entrar en el túnel que nos debía conducir a la estación Brignole, un grupo de unos cuantos cientos de jóvenes anarquistas vestidos con ropa, máscaras y pañuelos de colores oscuros y blandiendo sus palos, se nos unió al final de la marcha. «Deben ser de Pinelli», pensé. «Las cosas no pintan bien.»

A otro lado del túnel, nos dimos cuenta de que unos cuantos contenedores enormes bloqueaban nuestra ruta. Tras una corta reunión, nos dirigimos a unas colinas cercanas. Mientras nos movíamos en una dirección paralela a nuestra trayectoria inicial, vimos que diversas unidades policiales armadas hasta los dientes habían tomado posición a lo largo de las calles laterales. Seguimos bajando hacia el otro lado de la colina, antes de dirigirnos hacia el gran bulevar que conducía a Piazza Manin, donde los pacifistas se habían congregado. Poco antes de llegar al bulevar, pasamos por una terraza desde la que podía divisarse toda la ciudad. Más tarde al anochecer anoté lo siguiente en mi cuaderno de campo:

Era algo inolvidable, las nubes del gas lacrimógeno se habían hecho más grandes y oscuras. El aire estaba cargado de gas, pues lo podíamos notar en nuestros ojos en todas direcciones desde la terraza, y el olor era increíble. Sin embargo, muchas de las nubes que veíamos empezaban a parecer humo. Al fondo del horizonte podían verse dos o tres enormes nubes de un humo espeso y oscuro que subían. La ciudad estaba claramente en llamas.

Más tarde comprendí que algunos grupos de lo que parecía ser el Black Bloc habían empezado a destrozar ventanas y a incendiar coches y autobuses en la zona cerca de la acción de los Monos Blancos. Seguimos caminando hacia el bulevar. Nuestro plan era desviarnos hacia la izquierda y marchar hasta la valla de la zona roja, donde los pacifistas debían encontrarse más tarde en su *sit-in*, y después dirigirnos a la plaza contigua. En este punto, empezaríamos nuestra acción (la idea era penetrar la valla, si fuese posible, de formas diversas no muy bien definidas), mientras la marcha rosa-plateada se separaría y se dirigiría hacia otra sección de la zona roja. Sin embargo, cuando llegamos al bulevar los pacifistas ya habían empezado a marchar y nos vimos atrapados en la intersec-

6. Sindicato italiano de ideología marxista que defiende la «autonomía obrera»; lo más parecido en España sería el más libertario CGT.

ción. Nuestro contingente había aumentado hasta un millar, y la gente empezaba a estar nerviosa por la gran estampida que se produciría si la policía se decidía a atacar. La marcha pacifista era tan larga que ocupaba la mayor parte del bulevar desde la zona roja hasta la Piazza Manin, por lo que al final decidimos unirnos a ellos descendiendo por una pequeña calle que llevaba a la plaza contigua.

Pero en este punto, a pesar de dividirnos en dos bloques separados, un grupo muy grande empezó a descender hacia la valla, mientras el resto se arremolinaba en la plaza. Pude observar a varias unidades policiales dirigiéndose hacia nosotros desde la pequeña calle por la que acabábamos de pasar, bloqueando nuestra vía de escape. La carga policial parecía inminente, por lo que empecé a subir hacia la colina para mantener una distancia de seguridad y tener una vista mejor. De golpe, una de las mujeres francesas que permanecían cerca de la valla lanzó un largo cable de metal que empezó a escalar hacia la parte superior de la valla. La policía empezó a apuntar los cañones de agua hacia ella, arrojando a los manifestantes que estaban a su lado agua tratada químicamente. En la multitud cundió el pánico, y la gente empezó a tirar botellas y palos a la policía que estaba al otro lado de la valla. Momentos después, la policía comenzó una brutal carga con porras y gas lacrimógeno, desatando un gran pánico mientras los manifestantes escapaban desesperados hacia el lado opuesto de la plaza. Mientras tanto, un pequeño grupo de nosotros, que había tomado una posición relativamente segura en unas escaleras cercanas, ascendió deprisa hacia la colina para evitar otra carga. La tensa calma de la mañana había dado paso a un pánico y miedo generalizados.

El Pink Bloc se reagrupó en Piazza Manin, donde se juntó con centenares de ecologistas, pacifistas y feministas que en ningún momento habían abandonado la manifestación. Poco después de la reunión con mi «grupo de afinidad»,⁷ una docena de activistas del Black Bloc aparecieron de repente por el otro lado de la colina. Algunos de nosotros nos dirigimos a ellos, explicándoles que aquello era una zona no violenta, y que estarían mejor en otra parte de la ciudad. Cuando se fueron, el Pink Bloc se reagrupó al lado de la plaza, pero al cabo de poco tiempo un enorme helicóptero de la policía pasó por encima de nuestras cabezas y empezó a lanzar botes de gas lacrimógeno a la multitud. Antes de que tuvieramos la oportunidad de darnos cuenta de lo que pasaba, la policía nos atacó desde las calles laterales con más gas y porras. Corrí rápidamente hacia la colina de nuevo, y cuando volví mi vista hacia atrás para intentar ver qué pasaba tras las nubes de gas, pude observar a policías antidisturbios atacando brutalmente a pacíficos manifestantes, incluyendo a muchos pacifistas. El Black Bloc no se veía por ninguna parte. Mientras tanto, pude escuchar horribles gritos que salían de en medio del caos. Un grupo de manifestantes empezó de repente a correr hacia mí, perseguidos por policías antidisturbios que cargaban. Presa del pánico, di la vuelta y empecé a subir hacia la colina para escapar.

7. Término inventado en los años treinta por la Federación Anarquista Ibérica (FAI), apropiado en los setenta por activistas estadounidenses y «devuelto» a los activistas catalanes en Praga, una historia interesante.

La protesta militante en Génova

Como muchos manifestantes en Génova, me topé varias veces con lo que parecía ser el Black Bloc, aunque me fue imposible distinguir si eran activistas, derechistas infiltrados o policías provocadores. De hecho, la ambigüedad, la incertidumbre y los rumores contribuyeron a la difusión de la turbia niebla epistémica a través de la cual opera el terrorismo de Estado (Taussig 1987). Mientras nos trasladábamos a través del terreno urbano de la resistencia, presencié cajeros bancarios automáticos devastados y ventanas rotas en los edificios de algunas corporaciones transnacionales, pero también coches en llamas, comercios saqueados y cristales rotos por doquier. La ciudad parecía literalmente una zona de guerra. La violencia *performativa* del Black Bloc tiene generalmente una lógica comunicativa específica: la destrucción de los símbolos del capitalismo corporativo y confrontación física agresiva con el Estado. Aunque puedan existir desacuerdos tácticos en el seno de los Black Bloc particulares, las acciones destructivas contra coches, casas y tiendas de gente corriente tienden a caer fuera de los límites del sentido militante aceptado. Como explicó un activista del Black Bloc después de Génova: «La mayoría del Black Bloc apoya la destrucción de la propiedad sólo cuando se trata de importantes símbolos del capitalismo (como los bancos) o corporaciones transnacionales con una historia de violación de los Derechos Humanos».⁸ Bajo esta perspectiva, el Black Bloc no es una organización, ni siquiera una red, sino más bien un conjunto específico de tácticas de acción directa desplegadas por grupos de jóvenes militantes anarquistas en las protestas de masas.⁹

Aunque los repertorios tácticos varían en cada grupo y acción, incluyen a menudo la destrucción de propiedades privadas, normalmente bancos y tiendas de multinacionales, confrontaciones ritualizadas con la policía y una serie de prácticas más específicas, como «desarrestos», pequeñas manifestaciones, grupos compactos cogidos de los brazos o solidaridad en la cárcel.¹⁰ Estas tácticas están vinculadas a un estilo militante más general, que incluye el uso de pantalones y jerséis negros, botas militares, máscaras o *bandanas* para cubrirse la cara, y una actitud agresiva, provocativa. Las máscaras se llevan por razones instrumentales —para proteger la identidad de los activistas—, pero también cumplen ciertas funciones icónicas, como la expresión de solidaridad colectiva a través del anonimato o la exhibición de imágenes arquetípicas de rebelión juvenil. Los estilos y prácticas del Black Bloc pueden verse como la encarnación física de una visión política basada en el anticapitalismo, la confrontación física y la oposición total al mercado y al Estado. Tales valores se comunican mediante códigos y significados estilísticos específicos y sensoriales *performances* violentas altamente ritualizadas.

8. Testimonio de Alien 8 (citado en Riera 2001: 187-189).

9. La táctica del Black Bloc surgió inicialmente entre jóvenes manifestantes durante las protestas contra la guerra del Golfo que se produjeron en 1992 en Washington D.C., imitando la praxis y el estilo de los *Autonomen* alemanes (*squatters* radicales). Sucesivos Bloques Negros fueron organizados en 1992 en San Francisco a raíz de la protesta contra la celebración del 500 aniversario del Descubrimiento de América, en abril de 1999 en Filadelfia durante una protesta realizada en apoyo a Mumia Abu-Jamal, en noviembre de 1999 en Seattle y en cada protesta antiglobalización posterior (véase Riera 2001: 173-180).

10. Término técnico para designar toda una estrategia de no cooperación con las autoridades hasta que se sepa que todos los detenidos están recibiendo un trato correcto e igualitario.

En el contexto de la violencia sectaria en Irlanda del Norte, Allen Feldman (1991) ha explorado cómo las narrativas políticas construyen ideales políticos alternativos que reflejan estilos de *performance* violenta divergentes, encapsulando ordenes morales opuestos: el «hombre duro» del combate cuerpo a cuerpo cuyo estatus y reputación dependen de la valentía que exhibe en las situaciones de riesgo coporal, frente al «hombre armado» que representa la mecanización y racionalización de la violencia paramilitar. Estilos diversos de *performance* violenta pueden representar ideales y actitudes políticas muy distintos, que comunican mensajes políticos alternativos. Las tácticas de protesta militantes, como las asociadas al Black Bloc, implican el despliegue de estilos específicos de *performance* violenta a través de distintivas técnicas corporales, estilos de vestir, símbolos rituales y prácticas comunicativas. La imagen típica de los activistas del Black Bloc refleja un ideal visiblemente masculino de confrontación violenta. Además, como ha argumentado recientemente Abby Peterson (2001) en el contexto de Suecia, los activistas militantes construyen sus identidades mediante *performances* rituales corporales poderosamente emotivas que sirven al mismo tiempo para construir el cuerpo militante como campo de acción política y para producir una identidad activista «guerrera»:

Estas distinciones «nosotros/ellos» son experimentadas de manera más vivencial y emotiva en confrontaciones rituales con los adversarios del movimiento. En las confrontaciones rituales de los militantes de grupos de acción de alto riesgo que estamos analizando, la violencia, o simplemente el potencial para la violencia, actualiza y reactualiza este tema del «nosotros» contra «ellos», uniendo ambas caras de la lucha. La violencia es una marca de sentido para estos grupos. Las emociones de la batalla hacen apremiante el mensaje cognitivo del ritual —«el combate legítimo de las fuerzas del bien contra las fuerzas del mal». Las emociones generan sentidos y las acciones se convierten en significados a través de experiencias vividas/vivas de confrontación ritual [Peterson 2001: 55].

Dentro del movimiento antiglobalización, la violencia *performativa* pone al alcance un importante mecanismo mediante el cual los activistas construyen identidades anticapitalistas radicales. Las imágenes, tácticas y discurso del Black Bloc circulan a través de los medios de comunicación globales y son ritualmente desplegados en los diversos nodos locales de la Red. Así pues, la violencia no se vincula sólo a la producción de identidades políticas entre grupos fronterizos, discretos; las mismas dinámicas se dan también entre formaciones en red flexibles y descentralizadas. Por otro lado, más allá del contexto de las acciones antiglobalización masivas, los jóvenes activistas participan en formas cotidianas de resistencia cultural, particularmente en el contexto de ocupaciones urbanas y centros sociales, que a menudo conllevan conflictos rituales más localizados con la policía durante los desalojos de las casas «okupadas».

La violencia *performativa* —incluyendo las técnicas corporales, códigos vestimentarios y símbolos icónicos que la acompañan— contribuye también a construir determinados estilos juveniles subculturales (cf. Hebdige 1979). Las subculturas espectaculares son sistemas de comunicación a través de los cuales diversas formas discursivas y estéticas son adaptadas, subvertidas y transformadas mediante el *bricolage* subcultural (Clarke 1976). Como explica Dick Hebdige (1979: 102), «la comunicación de diferencias significativas (y la comunicación correlativa

de una identidad de grupo) es el «eje» en torno al cual gira el estilo de cualquier subcultura espectacular». Dentro de muchas redes de activistas anticapitalistas, la okupación y el uso de tácticas, estilos e iconos de protesta militantes, incorporan elementos centrales de una contracultura juvenil alternativa.¹¹ Sin embargo, además de la producción de identidad y diferencia, las *performances* estilísticas particulares pueden también comunicar mensajes políticos más directos, como el rechazo al orden social establecido y la confrontación radical con los símbolos del capitalismo global o del Estado. La ideología anarquista dominante en muchos de los movimientos autónomos europeos persigue la creación de espacios culturales autónomos, la política de la vida cotidiana y la confrontación directa con la policía. En este sentido, las tácticas e imaginario del Black Bloc pueden verse como el uso activo de estilos y prácticas contraculturales específicos entre jóvenes militantes anarquistas comprometidos en espectaculares rituales de resistencia.¹² Por otra parte, como señala Carles Feixa (1998), los estilos y prácticas juveniles alternativos se han globalizado. De este modo, las tácticas y estilos contraculturales de los militantes del Black Bloc circulan a través de los medios de comunicación globales, poniendo a su disposición lenguajes culturales representados por activistas militantes en sus medios locales y en los actos antiglobalización de masas.

El centro social Pinelli sirvió de base de operaciones para el Black Bloc en Génova, mientras muchos militantes internacionales dormían en el cercano estadio Sciorba.¹³ La primera de las asambleas de planificación se llevó a cabo la tarde del 16 de julio, en la cual se tomó la decisión de separarse del Fórum Social de Génova (FSG) debido a las restricciones impuestas al uso de palos, piedras y armas de fuego. Pero en la segunda asamblea el número de participantes había aumentado hasta varios cientos, incluyendo activistas de Estados Unidos, Italia, Francia, Alemania, Grecia y de toda Europa. La tarde antes del sitio, un gran bloque de Pinelli decidió marchar junto con COBAS en el sureste. Esa misma tarde se dirigieron hacia el parque Albaro para estar más cerca del inicio de la acción. La mañana siguiente debían juntarse allí con otro grupo de Pinelli, pero la policía había rodeado el centro social. Al final, un grupo de 500 militantes del Black Bloc marcharon juntos desde el parque hacia el centro de la ciudad para unirse a COBAS, como recuerda un activista:

11. En su estudio comparativo sobre las culturas juveniles en Cataluña y México, que incluye una revisión de la literatura antropológica y de las ciencias sociales sobre los jóvenes, Carles Feixa (1998: 84) define las culturas juveniles como «la manera por la cual las experiencias sociales de los jóvenes son expresadas colectivamente mediante la construcción de estilos de vida distintivos, localizados fundamentalmente en el área del tiempo libre, o en espacios intersticiales de la vida institucional».

12. Para los autores de la escuela de Birmingham (cf. Clarke *et al.*, 1976), las culturas juveniles representan una estrategia ritualizada de resistencia simbólica frente a la dominación de clase. Entre los activistas militantes aquí considerados, hay una apropiación más menos consciente de estilos y prácticas subculturales alternativos —incluyendo la violencia ritualizada— en el contexto de políticas de resistencia sustentables, que operan tanto a nivel simbólico como instrumental. Mi concepción de los jóvenes militantes como agentes activos coincide con las críticas que recientemente ha recibido la escuela de Birmingham por retratar a los jóvenes como pasivos, lo que viene reforzado por sus lenguajes de resistencia (Caputo 1995: 21-22; Amit-Talal y Wulff 1995).

13. Este breve relato está tomado en gran medida de una declaración anónima incluida en un libro recientemente publicado en castellano sobre los sucesos de Génova (Riera 2001: 191-222).

Llegamos a un lugar donde había otros camaradas enmascarados con banderas rojas de COBAS. Entramos, tuvimos un encuentro y algunos de nosotros nos fuimos en pos de nuestros objetivos específicos. Como nuestro objetivo era un banco, la policía llegó por la derecha. Hubo una breve refriega en la que cayeron algunos cócteles Molotov y piedras... La policía pareció suspender su represión durante un breve instante, por lo que vimos la oportunidad de aprovecharlo para construir algunas barricadas con contenedores de basura, trozos de madera y cualquier otra cosa que pudiéramos encontrar. Prendimos fuego a algunos de los contenedores de basura mientras una parte de nuestro bloque, un grupo de unos 300, seguía atacando al rostro del capitalismo: los bancos y las gasolineras [citado en un testimonio anónimo recogido por Riera 2001: 202].

Pequeños grupos de anarquistas del Black Bloc llevaron a cabo acciones similares durante toda la jornada contra bancos, corporaciones transnacionales y gasolineras, mientras entablaban una batalla callejera contra la policía, utilizando barricadas, piedras y cócteles Molotov. Cuando ello se hizo demasiado peligroso, muchos activistas se quitaron sus máscaras y uniformes negros para evitar la detención. Al día siguiente, los 10.000 activistas del Black Bloc no llegaron a marchar juntos en ningún momento. Pequeños grupos se fueron sumando a la marcha, llevando a cabo periódicamente acciones contra objetivos específicos. Después, la policía atacó en diversos puntos de la manifestación, lo que produjo breves batallas callejeras a lo largo de la jornada. Hubo también diversos enfrentamientos entre manifestantes no violentos y militantes del Black Bloc, como un militante reflejó: «Lo irónico es que un grupo que dice que tiene principios morales está intentando inflingirnos daño físico y ponernos en manos de la policía —a la que muchos de nosotros consideramos nuestro peor enemigo— sólo porque tenemos tácticas diferentes a las suyas, sólo porque somos “violentos”» (*ibid.*, 2001: 211).

Además de las *performances* violentas más directas, que comunicaron mensajes anticapitalistas claros, hubo también violencia indiscriminada contra coches, tiendas y edificios corrientes. Dado que estas acciones no se ajustaban a los patrones ritualizados de *performance* militante, muchos activistas, incluyendo a los mismos militantes, sospecharon que la policía italiana había usado provocadores y/o infiltrados de derechas. Además, diversos activistas del Black Bloc comentaron que la policía les había dado carta blanca para llevar a cabo sus acciones, mientras reprimía selectivamente a los manifestantes pacíficos. Como comentó un activista: «Ha habido mucha especulación y algunas evidencias de infiltración policial/fascista en el bloque. La verdad es que nos sorprendió el hecho de que nos dejaran reunir, permanecer juntos durante una hora y media, y hacerlo en el centro de la ciudad sin que la policía hiciera nada para evitarlo, especialmente porque al mismo tiempo se dedicaban a arrestar a otros grupos» (*ibid.*, 2001: 182). Otros se fijaron en el hecho de que antes de los ataques policiales contra manifestantes pacíficos, un grupo del Black Bloc pudo cruzar la valla, escapando de esta manera a la represión.

Representaciones mediáticas de la violencia en Génova

Dado que los movimientos sociales llevan a cabo sus batallas, en parte, a fin de transformar los presupuestos establecidos de la realidad política, los medios de comunicación facilitan un terreno crucial para las políticas del significado. Las imáge-

nes de confrontación violenta pueden servir tanto para atraer la atención de los medios mediante lo que John B. Thompson (1995) ha denominado «luchas por la visibilidad», como para descontextualizar dichas *performances* violentas y reinsertarlas en las narrativas hegemónicas que persiguen marginalizar a los jóvenes activistas militantes como criminales y «desviados» (Gitlin 1980; Hall 1974). Los medios están activamente comprometidos en la producción de la realidad social. Como argumenta Todd Gitlin (1980: 2), los medios «nombran las partes del mundo, certifican la realidad como realidad —y cuando sus certificados son cuestionados o contestados, como sucede a menudo, son esos mismos certificados los que delimitan los términos de la contestación efectiva. Para decirlo en términos simples: los medios de comunicación se han convertido en sistemas cardinales en la distribución de ideología».

Las elites económicas y políticas modelan en gran medida el discurso mediático mediante la concentración de la propiedad de los medios, el sistema de entretenimiento, los vínculos con expertos del Gobierno y los negocios, y de forma más ocasional mediante la disciplina manifiesta y la censura (Herman y Chomsky 1988: 2).¹⁴ Debido a estos poderosos «filtros» ideológicos, los medios de comunicación tienden a (re)producir los significados culturales que se ajustan a los intereses dominantes en la sociedad. Como señala Stuart Hall (1982: 64), mediante la labor activa de seleccionar, presentar, estructurar y modelar, los medios están implicados en la «tarea activa de atribuir significado a las cosas». Ello se lleva a cabo a través del uso de marcos mediáticos más generales, que Gitlin (1980: 7) define como «patrones persistentes de conocimiento, interpretación y presentación, de selección, énfasis y exclusión, por los cuales los mantenedores de símbolos organizan rutinariamente el discurso, tanto verbal como visual». Sin embargo, el enmarcamiento mediático no sigue una lógica determinista simple; más bien los significados establecidos son producidos mediante la lucha cultural en el contexto de un equilibrio particular de fuerzas sociales (Hall 1982: 70).

Los medios de comunicación son, pues, lugares cruciales para la producción, distribución y contestación de hegemonía, que puede entenderse como esos valores, conocimientos e ideas dominantes en la sociedad que apoyan la distribución de poder y autoridad establecida y se convierten en «sentido común». Aunque la hegemonía es siempre abierta, fluida y contestada (Williams 1977: 13), hay un sesgo estructural que favorece a aquellos grupos, demandas y marcos que coinciden con los principios hegemónicos dominantes. Sin embargo, en las sociedades capitalistas liberales, a menudo se producen desacuerdos entre las elites, y los grupos de oposición «pueden explotar las contradicciones internas a la ideología hegemónica, incluyendo sus códigos informativos» (Gitlin: 1980: 12). Aunque las crisis más importantes pueden conducir a la transformación de la hegemonía, los conflictos sociales que modifican los presupuestos cardinales —como la propiedad privada o la legitimidad del Estado— a menudo son modificados, tamizados e incorporados dentro de los marcos hegemónicos. Como observa Gitlin (*ibid.*, 271), «la demostración es tomada como una perturbación potencial o efectiva del orden social establecido, no como una declaración sobre el mundo». Los marcos mediáticos hegemónicos tienden a construir la protesta social

14. Herman y Chomsky (1988) mencionan también el anticomunismo como la «religión nacional» y como un importante filtro mediático en el contexto de Estados Unidos. La emergencia del antiterrorismo se ha apropiado en gran medida de esta función.

militante, particularmente cuando cuestiona sus presupuestos básicos sobre el mercado y el Estado, como algo protagonizado por individuos peligrosos y criminales. En este contexto, la violencia emerge como un terreno clave de la lucha. Por una parte, es una forma importante de entretenimiento mediático, y los medios informativos sacan provecho de las imágenes espectaculares de confrontación violenta. Además, cuando la novedad de la protesta desaparece, los medios demandan formas de acción cada vez más espectaculares y violentas. Así pues, para los jóvenes activistas militantes, la violencia representa un recurso potencial en la lucha por la visibilidad pública. Por otra parte, los discursos mediáticos dominantes tienden a enmarcar la protesta violenta como un aborrecible crimen contra la sociedad misma, como un grave ataque contra el orden moral establecido (Hall *et al.* 1978: 68).

A través de sus estilos rebeldes, imágenes amenazantes y tácticas de confrontación, los jóvenes activistas militantes se ofrecen a los marcos mediáticos dominantes, que pueden construirlos como desviados políticos. Las noticias de los medios hacen suyas las imágenes de la protesta violenta y las reinterpretan como un «sinsentido», definiendo a quienes las ejercen como un problema social, en la medida en que se oponen a los actores políticos legitimados. Stuart Hall (1974: 267) ha señalado que, «bajo ciertas circunstancias, las minorías políticas legítimas están sujetas a graves ceremonias de “degradación de estatus”, y son agrupados con los grupos más marginales. Entonces son objeto de una serie de formas de oprobio, estigmatización y exclusión social. Son simbólicamente deslegitimados». ¹⁵ Las imágenes de jóvenes enmascarados, activistas vestidos de negro tirando piedras o cócteles Molotov, especialmente cuando están vinculadas a escenas de cristales rotos, coches en llamas o combate callejero, sirven como poderosos iconos que denotan destrucción generalizada. Además, el estilo del Black Bloc, en especial sus rostros enmascarados, remiten a formas interiorizadas de iconografía terrorista, como recientemente han señalado Zulaika y Douglass (1996: 204):

Si existe un estereotipo emblemático del guerrillero o del terrorista en acción, consiste en hombres/mujeres enmascarados exhibiendo pistolas automáticas. No son tanto sus armas como sus máscaras lo que constituye el icono perfecto de su expatriación de la sociedad. Ocultar el rostro es una negación de la interacción social y de la responsabilidad personal. El mismo acto de prescindir de su cara está cargado de simbolismo, la persona tipificada por una máscara sin rostro se sitúa más allá de la esfera humana.

De nuevo una forma estilística —en este caso la máscara, usada por los activistas para proteger la identidad individual y comunicar solidaridad colectiva— es sacada de contexto y reinterpretada en los marcos mediáticos dominantes como un signo del «tipo» salvaje. Los estilos militantes se vinculan entonces a los discursos mediáticos establecidos sobre el terrorismo y el miedo. Las imágenes de pro-

15. Según Stuart Hall (1974: 268), las siguientes formas de acción extraparlamentaria son a menudo consideradas actividades políticas «desviadas»: «militancia y protesta estudiantil (oposición a las autoridades universitarias, *sit-ins*, ocupaciones, etc.), manifestaciones militantes extraparlamentarias, que pueden comportar conflictos con la policía, rebeliones y motines urbanos (por ejemplo Watts), insurrecciones urbanas (por ejemplo Ulster), incidentes esporádicos con bombas incendiarias, ataques a la propiedad por razones políticas (por ejemplo actividades de la “Brigada Airada”; *squatters*; huelgas de alquiler; actividades étnicamente orientadas como “Black-Power” o “Panther-style”».

testa violenta pueden ser usadas por el Estado para criminalizar y deslegitimar movimientos enteros, alienando su potencial apoyo de base y aislándolos políticamente. Esta estrategia ayuda a explicar el uso de agentes provocadores (Gitlin 1980: 188). Además, tales estrategias pueden servir para justificar la brutal represión estatal contra la protesta política. De forma alternativa, las imágenes de protesta violenta pueden ser usadas por el Estado para establecer distinciones entre mayorías pacíficas y minorías violentas, con el objeto de dividir políticamente a los movimientos sociales y reforzar sus contradicciones internas.

Como podría esperarse, dada la historia de las movilizaciones antiglobalización previas, así como de la intensidad del conflicto violento en las movilizaciones en Génova, las imágenes icónicas de violencia figuraron de manera prominente en la cobertura mediática de los manifestantes anti-G8. Las representaciones mediáticas de la violencia sirvieron inicialmente para que aumentara el nivel de tensión y miedo durante los días previos, después para que se reprodujeran las clásicas imágenes de violencia anarquista callejera durante los días de la protesta, y finalmente derivó hacia una situación más seria respecto al endurecimiento de la ley italiana, cuando empezaron a estar disponibles los testimonios sobre violencia y abusos por parte de la policía. La estrategia mediática inicial del Estado, basada en aumentar el nivel de tensión y en usar imágenes de protesta violenta para deslegitimar a ciertos sectores (si no a la totalidad el movimiento), tuvo éxito al principio, aunque algunos testimonios sobre el *raid* de la Escuela Díaz y los abusos generalizados llevaron a una transformación de los marcos mediáticos dominantes.

El 17 de julio de 2001, algunos días antes de que las protestas comenzaran, los medios estaban dominados por la noticia de la explosión de una carta bomba en una estación policial de Génova, que hirió gravemente a un oficial de los *carabinieri*, y por la de otra bomba que cayó en las afueras del estadio Carlini —la sede de los Monos Blancos. El titular de primera plana de *La Repubblica* decía, «Génova, un día de miedo», e iba seguido por un breve titulado: «Carta bomba hiere a un *carabiniere*. Otro intento fracasado». Justo bajo el titular podía leerse: «La tensión en torno al G8 crece: los anarquistas son investigados». Los titulares denotaban una situación de caos y miedo, que todavía hoy se atribuye a los anarquistas, mientras que la imagen correlativa de escena de crimen urbano presentaba a los policías como tranquilos defensores del orden. Además, una separata especial titulada «Los Enemigos Ocultos del Movimiento» aclaraba las acusaciones del FSG de que la carta bomba había sido enviada por la policía secreta italiana (*La Repubblica*, 17 de julio de 2001). Una crónica a página entera del *Corriere della Sera* vinculaba directamente la amenaza de bomba a militantes anarquistas, como decía el titular, «Radicales del Black Bloc contra no violentos». El artículo explicaba que «el primer análisis de la investigación ha conducido a una posible conexión con anarquistas insurreccionales» (*Corriere della Sera*, 17 de julio de 2001, p. 1).

En los días siguientes, la cobertura de la prensa italiana contribuyó a aumentar el clima de tensión y miedo, vinculando el Black Bloc a posibles actos terroristas y presentando el movimiento como dividido entre radicales violentos y moderados pacíficos. Durante los días previos a la acción, diversos periódicos publicaron mapas de batalla indicando las diferentes acciones programadas para el sitio del 20 de julio, cubriendo también la instalación de vallas en torno a la zona roja y los preparativos de la policía italiana (ver la edición del 18 de julio de *Il Secolo XIX*,

p. 3). La tensión siguió creciendo puesto que los periódicos del 19 de julio informaban de otra avalancha de amenazas de bomba. En el titular de primera plana de *Il Secolo XIX* podía leerse «G8, vigilancia después de los ataques y falsas alarmas», mientras que de acuerdo con el subtítular, «La tensión crece en una Génova armada y surreal» (*Il Secolo XIX*, 19 de julio de 2001, p. 1). Con el escenario mediático de violencia y confrontación radical, los sucesos del 20 de julio confirmaron —e incluso sobrepasaron— todas las expectativas. Los titulares e imágenes dominantes en la cobertura periodística de los días sucesivos estuvieron dominados por dos temas principales: la muerte de Carlo Giuliani y las escenas violentas de una ciudad destrozada y en pie de guerra. Tanto *La Repubblica* como *Il Secolo XIX* presentaron varias secuencias fotográficas de la muerte de Giuliani tomadas por un fotógrafo de Reuters, que fueron retransmitidas al instante a través de los circuitos mediáticos globales. Por ejemplo, la primera plana de la edición del 21 de julio de *Il Secolo XIX* está dominada por una enorme fotografía que muestra a un joven manifestante enmascarado, aparentemente dispuesto a arrojar un gran extintor de fuego a un jeep policial. Mientras tanto, un oficial de la policía dentro del jeep aparece apuntando con su arma al manifestante. La imagen siguiente muestra la furgoneta dando marcha atrás sobre el cadáver de Carlo Giuliani. El texto que acompaña las fotos y el reportaje retratan una situación en la cual un joven anarquista está preparándose para atacar a un vehículo policial, lo que lleva a un asustado agente de policía a abrir fuego en defensa propia. La cobertura inicial evita cuestionarse por qué el policía llevaba el arma cargada, por qué un agente sin experiencia fue situado en un lugar tan peligroso y por qué el conductor del jeep daba marcha atrás sobre el cadáver (*Il Secolo XIX*, 21 de julio de 2001, p. 1). *La Repubblica* mostraba también una imagen del cuerpo encapuchado de Giuliani bañado en un charco con su propia sangre, mientras el texto que lo acompañaba lo presentaba como un «mártir innecesario». Como explica el artículo: «Lo que algunos llaman el "pueblo de Seattle" ahora tiene un mártir que nadie necesitaba. Pero la responsable de su sacrificio fue la violencia de una minoría, y la rabia de un hombre uniformado, al final de un día tumultuoso» (*La Repubblica*, 21 de julio de 2001, p. 1).

El cadáver de Carlo Giuliani es un poderoso significante político, pero su sentido último permanece en la ambigüedad. Por una parte, es construido como una joven víctima inocente del exceso de las fuerzas policiales. Por otra parte, sin embargo, su muerte se atribuye de manera indirecta a la violencia causada por los mismos manifestantes. Además, justo antes de recibir el disparo, el enmascarado Giuliani es fotografiado dispuesto a arrojar un extintor de fuego contra un atemorizado agente que está dentro de un jeep policial, lo que coloca al activista en la fracción violenta del anarquismo. La consecuencia es que Carlo Giuliani sólo se tiene a sí mismo para defenderse de su muerte. Un artículo posterior en *Time* utiliza el incidente como un cuento moral contemporáneo, demostrando la continuidad entre protesta democrática aceptable y violencia activista trágicamente equivocada, como escribe el autor:

Un hombre murió en Génova; un hombre, podemos presumir, engañado por la falsa promesa de que la violencia —la protesta no pacífica, la no participación en el proceso democrático— es la mejor vía para hacer progresar una causa política. No es demasiado pedir que la próxima vez que sus amigos se paren a coger un adoquín, se acuerden de la lección aprendida cuando el arado empezó a romper la tierra de Mesopotamia: recoges lo que siembras [*Time*, 30 de julio de 2001, pp. 22-23].

Mientras tanto, la cobertura de los sucesos del 21 de julio por parte de la prensa italiana e internacional se llenaba de imágenes de coches en llamas, jóvenes manifestantes enmascarados y vestidos de negro lanzando piedras contra la policía, *carabinieri* armados hasta los dientes arrojando gas lacrimógeno y blandiendo sus escudos, e incluso imágenes ocasionales de un manifestante aporreado recibiendo las primeras ayudas. Sin embargo, en último término los villanos para la prensa son los anarquistas violentos del Black Bloc. En *Il Secolo XIX*, por ejemplo, puede leerse en el titular principal «Génova, sangre en el G8», mientras el subtítulo dice: «La ciudad sucumbe durante horas a las guerrillas. Lanzamiento de cócteles Molotov, incitados por los anarquistas». Justo después, uno de los artículos principales, titulado «Todos derrotados», incluye el siguiente texto:

Las imágenes son las de una Génova proletaria en un estado de muerte y devastación, sacudida por una violencia que no se había visto en otras protestas. El primer manifestante antiglobalización muerto, 180 personas heridas; una ciudad deprimida y humillada, exhausta tras una jornada de locura sin fin. Sólo la muerte de este joven muchacho paró finalmente el asalto de los terribles Black Bloc, anarquistas y profesionales de la guerrilla urbana, así como la firme respuesta policial... Una ciudad sin ayuda, invadida por decenas de contingentes del Black Bloc con un solo objetivo: destruirlo todo [*Il Secolo XIX*, 21 de julio de 2001, p. 1].

Un artículo en la página siguiente, ilustrado con la imagen de dos militantes del Black Bloc tirando piedras frente a un contenedor de basuras en llamas, empieza con la siguiente descripción:

Camisetas y pantalones negros, gafas de esquí oscuras y pañuelos rojos cubriéndoles el rostro. Cócteles Molotov, palos, piedras y palancas. La clásica imagen de okupas violentos, a quienes el FSG había intentado combatir durante meses, llegaron a Génova, reduciéndola a un campo de batalla repleto de coches destrozados, barricadas ardiendo, tiendas devastadas y agresión. El Black Bloc tuvo las manos libres durante cuatro horas, hasta que llegó la noche... dando rienda suelta a la guerrilla urbana más desastrosa jamás vista en una cumbre [*Ibid.*, p. 2].

La cobertura en la prensa española fue algo menos sensacionalista, y tendió a poner más énfasis en el papel de la policía. Por ejemplo, el titular de *El Mundo* del 21 de julio decía: «La policía italiana mata a un manifestante antiglobalización durante la cumbre del G8», mientras debajo aparece la imagen de un médico atendiendo al cuerpo sin vida de Carlo Giuliani (*El Mundo*, 21 de julio de 2001, p. 1). La portada de *El País* está dominada por una gran fotografía que muestra a un grupo de policías antidisturbios con sus escudos alejándose del cadáver de Giuliani que acababan de arrastrar. El titular del artículo siguiente decía: «Un manifestante muere de un disparo policial en la batalla campal de Génova». Además, imágenes repetidas de luchas callejeras y violencia militante llenan ambos periódicos. Por ejemplo, el artículo de portada de *El País* describe la lucha callejera de la jornada precedente en los siguientes términos:

La implacable batalla durante la cumbre del G8, prevista y planificada por los grupos antiglobalización más violentos, convirtió ayer el centro de Génova en campo de batalla de una guerrilla sin cuartel... Los grupos más violentos marcharon con sus rostros enmascarados, atracando las tiendas por las que pasaban, cuando fueron

atacados por la policía, que no utilizó ninguno de los elementos de fuerza a su disposición [*El País*, 21 de julio de 2001, p. 1].

De nuevo, la lección principal que la prensa española saca es la distinción entre legítimos manifestantes pacíficos y violencia criminal de una minoría radical, como argumenta el editorial del 21 de julio de *El País*: «El hecho es que el desbordamiento de la violencia por grupos autónomos que no representan a la mayoría, sumado a la ineptitud de los propios *carabinieri*, han hecho pasar a segundo plano las propuestas, incluidas las del G-8, para sacar al mundo del inicio de una recesión» (*ibid.*, 10). El editorial de *El Mundo* va más allá en su defensa agresiva de la ley y el orden, argumentando que la mayoría pacífica debería romper del todo con los grupos violentos:

Las únicas conclusiones, por ahora, son que el movimiento antiglobalización sólo puede conservar su credibilidad si rompe del todo con esos violentos *hooligans* infiltrados, y que las democracias más importantes, incluso si escuchan las demandas de los líderes más razonables del movimiento, deben revisar su panoplia legal para oponerse a la violencia permanente que persigue a nuestros líderes políticos durante sus encuentros [*El Mundo*, 21 de julio de 2001, p. 3].

De forma similar, la edición del 21 de julio del *New York Times*, que incluye en primera página imágenes de policías antidisturbios lanzando gas lacrimógeno y de activistas militantes arrojando cócteles Molotov, enfatiza la postura razonable de la mayoría de los manifestantes antiglobalización contra la violencia de la facción radical, explicando que «como en las manifestaciones previas —de Seattle a Goteborg, donde un hombre fue disparado y golpeado por la policía sueca— un pequeño número de jóvenes más radicales, empeñados en pelearse con la policía, instigaron una nueva forma de violencia que la mayoría de los manifestantes no comparte» (*New York Times*, 21 de julio de 2001, p. A7).

La cobertura de la jornada del 22 de julio por parte de la prensa fue similar a la de los días previos, centrándose en la violencia callejera que se desató durante la gran marcha unitaria. Por ejemplo, el titular principal de *La Repubblica* dice: «G8, otro día de guerra», mientras los subtitulares explican «El Black Bloc devasta Génova durante la marcha pacifista: centenares de heridos» (*La Repubblica*, 22 de julio de 2001, p. 1). Un artículo del *Corriere della Sera* explica que «desde el final de la manifestación, el Black Bloc avanzó rápidamente en pequeños grupos, y fue capaz de insertarse en tres puntos: la cabeza, el medio y la cola. Una estrategia precisa, la misma que uso COBAS el primer día para esconderse en la masa y atacar a la policía» (*Corriere della Sera*, 22 de julio de 2001, p. 3). Mientras tanto, el titular principal de *El País* dice, «La segunda jornada de protestas contra el G-8 sume a Génova en el caos», mientras en la crónica de segunda página se dice, «Los violentos enfrentamientos entre grupos organizados de radicales y la policía italiana empañaron la mayor manifestación antiglobalización hasta el momento» (*El País*, 22 de julio de 2001, p. 1). Las páginas siguientes van repletas de fotografías de violentas batallas callejeras, crónicas sobre las protestas antiglobalización previas, el Black Bloc y Carlo Giuliani, y entrevistas con portavoces de los grupos activistas y de las autoridades italianas.

A partir del 23 de julio, cuando las protestas finalizaron, los marcos mediáticos dominantes cambiaron de golpe, empezando a plantear la necesidad de cambiar el formato de las cumbres del G8 y de tomar medidas de seguridad más fuertes para

impedir futuras protestas violentas. Además, se empieza a prestar mayor atención al testimonio de activistas sobre la violencia y el abuso policiales, especialmente en la prensa española. Por ejemplo, el 23 de julio *El País* describe el *raid* policial en los términos siguientes: «En medio del pánico general, periodistas y miembros de la organización fueron obligados a tumbarse en el suelo boca abajo con las manos en alto, en una escena que recordaba “a las vividas en América Latina durante los años setenta”, como dijo más tarde el presidente del FSG». En la misma página aparece el testimonio de un activista español torturado en una furgoneta policial: «Ante los abogados voluntarios del FSG, Pedro, uno de los españoles detenidos en la manifestación de los Tute Bianche el pasado viernes, mostraba las huellas dejadas en su cuerpo por la detención policial. Éste es su relato: “Me vi en una furgoneta de los *carabinieri*, en la que me pegaron hasta que la sangre me salió a borbotones por la cabeza. En comisaría, nos hicieron poner la frente contra la pared, con los brazos en alto y sin movernos. Más golpes, más insultos y escupitajos. Lo más terrorífico eran los gritos de dolor del chico que estaba a mi izquierda. Mientras el chaval se desgañaba, el policía le decía: ‘No grites, sólo sufre’. Eso eran torturas”» (*El País*, 23 de julio de 2001, p. 4). *El Mundo* incluye un artículo que destaca las acusaciones de brutalidad policial por parte de activistas italianos, que reclamaban la dimisión del Ministro de Interior, con el siguiente subtítulo: «Acusan al Gobierno Berlusconi de comportamiento brutal» (*El Mundo*, 23 de julio de 2001, p. 20).

Durante las semanas siguientes, la prensa informa de las masivas manifestaciones realizadas en Italia contra el Gobierno Berlusconi, los resultados de las investigaciones sobre la brutalidad policial en Génova, e incluye testimonios adicionales sobre violencia y abuso policiales. Por ejemplo, el 25 de julio *La Repubblica* publica una crónica sobre el abuso generalizado en las comisarías italianas, titulado «Bolzaneto, los abogados denuncian tortura generalizada en las barracas». El subtítulo dice: «Muchos testimonios de violencia en la estación periférica de Génova» (*La Repubblica*, 25 de julio de 2001, p. 4). Mientras tanto, la prensa española sigue presentando testimonios de activistas. Por ejemplo, una crónica destacada de *El País* lleva el siguiente titular, «Los españoles detenidos en Génova denuncian tortura física y psicológica» (*El País*, 24 de julio de 2001, p. 4). Pese a quitar importancia al despliegue de violencia policial,¹⁶ el *New York Times* publicó un artículo sobre la controversia suscitada por la reacción del Gobierno Berlusconi, explicando que «La rabia del señor Berlusconi tuvo como resultado principal el *raid* llevado a cabo por la policía a primera hora de la mañana en la sede de los coordinadores de la protesta, el FSG, un *raid* que los portavoces del grupo describieron como una “masacre”» (*New York Times*, 23 de julio de 2001, p. 9).

Los medios de comunicación no sólo reflejaron el espacio de terror que emergió de Génova, también contribuyeron activamente a producirlo. Y ello mediante el uso de tipos específicos de representaciones violentas. Crónicas exageradas sobre el conflicto potencial entre batallones militarizados de manifestantes y policías, junto con reportajes sensacionalistas sobre amenazas de bombas y anarquistas radicales, ayudaron a crear un clima de tensión y paranoia antes de que la protesta empezara. La policía italiana se aprovechó del miedo generado y de las expectativas

16. Véase el documento de Fairness and Accuracy in Reporting (FAIR) del 30 de julio de 2001 en <http://www.monitor.net/monitor/0107a/genoafair.html>

de violencia para promover el enfrentamiento con los militantes, utilizando sus propias tácticas de firmeza e incluso sus formas de provocación activa. Cuando el sitio empezó, los medios cumplieron su parte del juego construyendo imágenes de destrucción sin sentido ejercida por bandas itinerantes de jóvenes guerrillas urbanas, cargando la culpa de esas «violencia sinsentido» en las espaldas del Black Bloc. Los comentarios editoriales se apoyaron en esta situación para distinguir entre mayoría razonable y minoría violenta, reforzando el estatus sagrado de los manifestantes pacíficos y de la democracia constitucional. Aunque la policía italiana trató a los manifestantes en las calles de forma indiscriminada, poniendo en el mismo saco a militantes violentos y a grupos no violentos, la lección principal que de ello sacaron los medios fue la necesidad de que el movimiento rompiera del todo con su fracción anarquista violenta. Sin embargo, las imágenes del cadáver del joven Carlo Giuliani se construyeron como un cuento moral sobre las trágicas consecuencias de la protesta violenta irracional. Pese a todo, las imágenes mediáticas son polisémicas, y muchas personas en Italia y en todo el mundo interpretaron las imágenes del cadáver de Giuliani de forma diferente —como un signo de exceso policial por parte de un régimen autoritario. Después de que al día siguiente una protesta pacífica fuera reprimida de forma implacable por la policía (que intentó culpar de ello al Black Bloc), y de que empezaran a difundirse testimonios de tortura y abuso policiales generalizados, incluyendo el brutal *raid* nocturno sobre la Escuela Díaz, la interpretación dominante empezó a cambiar, culpando de la violencia y del caos al Gobierno Berlusconi, cuya postura empezó a verse como una amenaza para la democracia del mismo calibre que la de los jóvenes anarquistas.

Conclusión

Centenares de miles de activistas llegaron a Génova durante las manifestaciones contra el G8 para denunciar la violencia estructural, simbólica y cotidiana asociada a la globalización capitalista, y específicamente para provocar una crisis política que socavara el orden simbólico en el cual se basa la legitimidad de instituciones multilaterales como el G8. La mayoría de las redes se esforzaron por conseguirlo mediante diversas formas de acción directa no violenta, mientras otras escogieron la violencia *performativa* para perseguir los mismos fines. El programa previsto era una declaración de guerra simbólica al G8, seguido por un sitio ritualizado a la zona roja. Sin embargo, el Gobierno Berlusconi tenía otros planes, y la policía italiana respondió empleando imágenes mediáticas de violencia anarquista para justificar la transformación de un territorio de protesta ritualizada, simbólica, en un espeluznante espacio de terror.

¿Cuál fue, pues, la relación entre violencia juvenil *performativa*, representaciones mediáticas de la violencia y su impacto en las manifestaciones anti-G8 en Génova? Por una parte, la cobertura mediática sensacionalista, antes, durante y después de las protestas conllevó una mayor visibilidad pública para muchas de las demandas políticas del movimiento, pese a la persistente focalización de los medios en la violencia. Sin la amenaza potencial de violencia, no está claro que las protestas anti-G8 hubiesen atraído tanta atención mediática. Además, las imágenes y discursos de enfrentamientos militantes ayudaron a radicalizar y vigorizar a

muchos sectores del movimiento. Por otra parte, los marcos mediáticos dominantes durante los días de la acción estaban sutilmente dispuestos para descontextualizar y reinsertar imágenes de violencia juvenil *performativa* en una narrativa de pavorosa desviación criminal, si no terrorista, que perseguía aislar a los potenciales seguidores y erosionar la legitimidad de todo el movimiento. Pero más a menudo la violencia callejera fue usada para separar la mayoría «razonable» de las facciones radicales, conduciendo así al movimiento en una dirección más reformista e integrable. Sin embargo, cuando los niveles de brutalidad policial superaron los límites previstos, muchos sectores del *establishment* liberal (léase progresista) quedaron consternados y desalentados. Los marcos mediáticos dominantes se desplazaron hacia la condena de la policía italiana y del Gobierno Berlusconi, lo que contribuyó a potenciar y movilizar las redes de activistas, al tiempo que aumentaban las simpatías del público hacia el movimiento. No obstante, desde otra perspectiva muy distinta, el terror físico y psicológico inscrito en los cuerpos y en las mentes de los activistas en Génova produjo recuerdos duraderos que finalmente han servido para apaciguar la animosidad entre moderados y radicales. Aunque las movilizaciones antiglobalización han continuado, e incluso han aumentado desde entonces, el espíritu de confrontación radical del movimiento se ha visto modificado.

¿Qué ha sucedido respecto a los debates en torno al uso de la violencia dentro del movimiento? Como hemos visto, la violencia es una poderosa construcción cultural, y las discusiones sobre lo que significa, así como sobre dónde y cuándo puede usarse de forma legítima, ayudan a construir identidades políticas alternativas entre redes activistas globales en lucha. Ello atañe a lo que podemos denominar *cultura política de la violencia*.¹⁷ ¿Puede constituir violencia el daño sobre propiedades? ¿Y las prácticas de autodefensa? ¿Están justificadas y son efectivas las tácticas utilizadas para combatir la violencia? Y si lo son, ¿cuándo, dónde y bajo qué circunstancias? El debate en torno a la violencia dentro del movimiento sigue aflorando después de Génova. Poco después de las protestas anti-G8, Susan George criticó públicamente la violencia activista militante en los siguientes términos:

¿Estáis satisfechos, manifestantes? No hablo a la inmensa mayoría del FSG; sé que fuisteis amedrentados y algunos de vosotros heridos. Tampoco a los miembros del Black Bloc que en realidad eran policías. Me dirijo más bien al auténtico Black Bloc, que no tomó parte en ninguno de los encuentros de preparación que se habían producido durante meses, y que no pertenece a ninguna de las 700 organizaciones italianas responsables que decidieron practicar la no violencia activa.¹⁸

Las opiniones expresadas en público por George desencadenaron una lluvia de críticas en el seno del movimiento, como habían sucedido tras las protestas de Gotemburgo, aunque muchos estuvieran de acuerdo con ella, en especial dentro de ATTAC y del Foro Social. Por otra parte, muchos activistas autónomos siguieron apoyando las tácticas militantes, especialmente como formas de autodefensa, como refleja la siguiente opinión:

17. Aunque *cultural politics of violence* debería traducirse por «política cultural de la violencia», utilizamos aquí «cultura política de la violencia» por su mayor difusión en castellano (*N. del T.*).

18. Citado en un mensaje de correo electrónico enviado el 29 de julio de 2001 a la lista de distribución bcn2001@yahoo.com

Tal fue la negación en la práctica de la libertad de manifestación durante la cumbre del G8, que incluso miles de activistas pacíficos se vieron obligados a levantar barricadas y arrojar todo tipo de objetos para no ser arrollados por la violencia policial. Cualquier forma de lucha... será reprimida sin contemplaciones. La violencia no la provoca ninguna de las organizaciones que forman el movimiento antiglobalización. La violencia forma parte natural del proceso de perpetuación del sistema capitalista.¹⁹

Entre estos dos polos, muchos radicales mostraron públicamente su desacuerdo con las tácticas del Black Bloc, sin llegar a criminalizarlo. Como explicó un miembro de «¡Ya Basta!»:²⁰

Estuve en Génova, y me fui deprimido, agotado, insatisfecho y fracasado, con los ligamentos de mis rodillas dañadas y completamente ronco, y me dije para mí: no a la caza de brujas contra los anarquistas, no a la criminalización internacional del Black Bloc... Por otra parte, es necesario repensar una táctica que puede ser infiltrada y manipulada fácilmente. Eso debe hacerlo la gente que adopta esta táctica, pero también aquellos que sufren las consecuencias de tal permeabilidad.²¹

Finalmente, muchos radicales anticapitalistas asociados con el Pink Bloc y Acción Global de los Pueblos siguieron enfatizando la lógica de enredarse (*networking*) —expresada en el plano táctico mediante una «diversidad de tácticas». Desde esta perspectiva, la principal lección aprendida en Génova fue la necesidad de aumentar el diálogo, coordinación e innovación, rechazando tanto la criminalización como la estetización de la violencia. Como argumentó un activista del MRG-Barcelona:

Los «buenos activistas» tendrán que escoger entre salvarse a costa de participar en la caza de anarquistas, o, por el contrario, aceptar la diversidad de posiciones y tratar de criticar dentro de ese marco, no dejando como «extraños al movimiento» a los que, en realidad, en buena medida lo empezaron... Todo esto sin menoscabo de que, objetivamente, el Black Bloc ha sido instrumentalizado por la policía. Con más sofisticación, aprovechando la falta de coordinación entre las corrientes anarquistas y el FSG para cargar contra el Black Bloc sólo cuando pasaba por delante de las concentraciones pacíficas... Algo ha quedado definitivamente claro: hay que coordinar la acción directa con todos los otros tipos de manifestación (pacífica o de desobediencia no violenta). ¿Quién sabe hasta dónde puede ser útil una sentada o un molotov? Dependerá del momento. Y según la sabiduría oriental: hagamos siempre lo que el enemigo no espera que hagamos.²²

Sin embargo, en muchos aspectos Génova supuso un importante *test* para la estrategia de la diversidad de tácticas. Aunque las élites a menudo intentaron divi-

19. Citado en un documento en castellano titulado «Manifiesto en Favor de la Acción Directa Violenta» archivado en: <http://www.sindominio.net/fiambrera/web-agencias/nkotBlackBloc/textosnewkids/14.html>. Este documento pretende dar tres justificaciones principales a la acción directa violenta: 1) Es una forma de expresión, 2) sirve para transformar el orden social existente, y 3) es una vía para hacer justicia.

20. Grupo de apoyo al movimiento zapatista. No confundir con el movimiento anti-ETA ¡Basta Ya!

21. Citado en un mensaje de correo electrónico enviado el 25 de julio de 2001 a la lista de distribución bcn2001@yahoo.com

22. Citado en un documento en castellano titulado «Info para un Puzzle» archivado en: <http://www.sindominio.net/fiambrera/web-agencias/nkotBlackBloc/textosnewkids/11.html>

dir a los manifestantes entre moderados pacíficos y militantes violentos, las tácticas policiales en las calles de Génova tuvieron el efecto contrario: crear un terror generalizado poniendo en el mismo saco a los activistas llamados violentos junto con los no violentos, con el objeto de justificar los ataques indiscriminados contra la totalidad del movimiento. En esas situaciones, mantener espacios separados para diferentes tácticas puede ser algo imposible. Dado el interés por parte del Estado en provocar el conflicto militante, incluso niveles relativamente benignos de violencia *performativa* pueden colocar a otros activistas en situación de extremo riesgo. Puede no ser suficiente el diálogo y la coordinación. Por una parte, el Estado no siempre es capaz de asumir las críticas políticas asociadas con tácticas de brutalidad policial, como pone de manifiesto el acoso contra el Gobierno Berlusconi tras los sucesos de Génova. Por ello, las decisiones que implican el uso de tácticas particulares de protesta deben considerar la naturaleza específica de la coyuntura política. Además, después de Génova, y especialmente tras los sucesos del 11 de septiembre en Nueva York, los activistas han conseguido reducir el nivel de confrontación violenta en las protestas antiglobalización, aunque algunos podrían argumentar que tales movilizaciones han perdido su dimensión crítica y se han convertido en algo demasiado previsible. Una cosa está clara: las tácticas innovadoras y creativas son la vía más efectiva para oponerse a las campañas estatales de represión y cooptación, y en el camino pueden ganarse para la causa corazones y cabezas.

Bibliografía

- ALJMER, G. (2000), «Introduction: The Idiom of Violence in Imagery and Discourse», en Aijmer y Abbink (eds.), *Meanings of Violence: A Cross Cultural Perspective*, Oxford: Berg.
- ALJMER, G. y J. ABBINK (eds.) (2000), *Meanings of Violence: A Cross Cultural Perspective*, Oxford: Berg.
- AMIT-TALAI, V. y H. WULFF (eds.) (1995), *Youth Cultures: A Cross-Cultural Perspective*, Londres: Routledge.
- APPADURAI, A. (1996), *Modernity at Large: Cultural Dimensions of Globalization*, Mineápolis: University of Minnesota Press.
- ARQUILLA, J. y D. RONFELDT (2001), *Networks and Netwars*, Santa Mónica, Ca.: Rand.
- BAUMAN, R. y C.L. BRIGGS (1990), «Poetics and Performance as Critical Perspectives On Language and Social Life», *Annual Review of Anthropology* 19: 59-88.
- BEEAMAN, W.O. (1993), «The Anthropology of Theater and Spectacle», *Annual Review of Anthropology* 22: 369-93.
- BLOK, A. (2000), «The Enigma of Senseless Violence», en Aijmer y Abbink (eds.), *Meanings of Violence: A Cross Cultural Perspective*, Oxford: Berg.
- BOURDIEU, P. (2001), *Masculine Domination*, Stanford: Stanford University Press.
- BOWMAN, G. (2001), «The Violence in Identity», en B.E. Schmidt y I.W. Schroder (eds.), *Anthropology of Violence and Conflict*, Oxford: Routledge.
- CAPUTO, V. (1995), «Anthropology's Silent «Others»: a Consideration of Some Conceptual And Methodological Issues for the Study of Youth and Children's Cultures», en Amit-Talai y Wulff (eds.), *Youth Cultures: A Cross-cultural perspective, Resistance Trough Rituals*, Londres: HarperCollins.
- CLARKE, J. (1976), «Style», en Hall y Jefferson (eds.).
- *et al.* (1976), «Subcultures, Cultures, and Class», en Hall y Jefferson (eds.), *Resistance trough rituak*, Londres: Routledge.

- DELUCA, K. (1999), *Image Politics: The New Rhetoric of Environmental Activism*, Nueva York: Guilford Press.
- FEIXA, C. (1998), *De Jóvenes, Bandas y Tribus*, Barcelona: Ariel.
- FELDMAN, A. (1991), *Formations of Violence: the Narrative of the Body and Political Terror in Northern Ireland*, Chicago: University of Chicago Press.
- FILLIEULE, O. y F. JOBARD (1997), *The Policing of Mass Demonstration in Contemporary Democracies, The Policing of Protest in France: Towards a Model of Protest Policing*, Florencia: European University Institute.
- GILMORE, D. (1990), *Manhood in the Making: Cultural Constructions of Masculinity*, New Haven: Yale University Press.
- GITLIN, T. (1980), *The Whole World is Watching: Mass Media in the Making and Unmaking of The New Left*, Berkeley: University of California Press.
- HALL, S. (1974), «Deviance, Politics and the Media», en P. Rock & M. McIntosh (eds.), *Deviance and Social Control*, Londres: Tavistock.
- (1982 [1976]), «The Rediscovery of "Ideology": Return of the Repressed in Media Studies», en Hall y Jefferson (eds.).
- HALL, S. y T. JEFFERSON (eds.) (1976), *Resistance Through Rituals: Youth Subcultures in Post-War Britain*, Londres: HarperCollins Academy.
- HALL, S. et al. (eds.) (1978), *Policing the Crises: Mugging, the State, and Law and Order*, Nueva York: Holmes and Meier.
- HANDELMAN, D. (1990), *Models and Mirrors: Towards an Anthropology of Public Events*, Cambridge: Cambridge University Press.
- HEBDIGE, D. (1979), *Subculture: The Meaning of Style*, Londres: Methuen (*Subcultura*, Barcelona: Paidós, 2004).
- HERMAN, E.S. y N. CHOMSKY (1988), *Manufacturing Consent: The Political Economy of the Mass Media*, Nueva York: Pantheon Books.
- JURIS, J.S. (2004), «The Cultural Logic of Networking», *Transnational Activism and the Movement for Global Resistance in Spain: An Anthropological Approach*, Berkeley: University of California, tesis doctoral.
- PETEET, J. (2001), «Male Gender and Rituals of Resistance in the Palestinian Intifada: A Cultural Politics of Violence», en C. Besteman (ed.), *Violence: A Reader*, Nueva York: New York University Press.
- PETERSON, A. (2001), *Contemporary Political Protest: Essays on Political Militancy*, Burlington: Ashgate.
- RHODES, J.P. (2001), *The Voice of Violence: Performative Violence as Protest in the Vietnam Era*, Westport: Praeger.
- RICHES, D. (ed.) (1986), *The Anthropology of Violence*, Oxford: Blackwell.
- RIERA, M. (ed.) (2001), *La Batalla de Génova*, Barcelona: El Viejo Topo.
- ROUTLEDGE, P. (1994), «Backstreets, Barricades, and Blackouts: Urban Terrains of Resistance in Nepal», *Society and Space* 12: 559-578.
- SCHRODER, I.W. y B.E. SCHMIDT (2001), «Introduction: Violent Imaginaries and Violent Practices», en I.W. Schroder y B.E. Schmidt (eds.), *Anthropology of Violence and Conflict*, Oxford: Routledge.
- TAUSSIG, M.T. (1987), *Shamanism, Colonialism and the Wild Man*, Chicago: University of Chicago Press.
- THOMPSON, J.B. (1995), *The Media and Modernity: A Social Theory of the Media*, Stanford: Stanford University Press.
- WILLIAMS, R. (1977), *Marxism and Literature*, Oxford: Oxford University Press.
- ZULAIKA, J. y W.A. DOUGLASS, (1996), *Terror and Taboo: The Follies, Faces and Fables of Terrorism*, Nueva York: Routledge.

Epílogo

Jóvenes sin tregua

Carles Feixa y Francisco Ferrándiz

¿Qué une y qué separa a los *muchachos* de la guerrilla salvadoreña, los *jóvenes leones* sudafricanos, los adolescentes de la *intifada*, los *porros* mexicanos, los *etarras* vascos, los *guerreros pacíficos* del gueto afroamericano, los *sicarios* colombianos, las *barras bravas* chilenas, los *marialtonceros* venezolanos y los *globalifóbicos* del movimiento de resistencia global? ¿Qué motivos inspiran su vocación, acompañan su entrenamiento, alimentan su combate, modelan su resistencia, normalizan su violencia (autoinflingida, padecida, ejercida, teatralizada, representada, imaginada, mitificada)? ¿Por qué la juventud se convierte, para muchos de ellos, en un combate sin descanso, en una guerra interminable, en una edad sin tregua?

Este volumen es un intento de volver a proyectar la mirada hacia el escenario de la violencia juvenil con nuevas lentes. Se trata de utilizar dos de los enfoques que aplican los antropólogos a sus objetos de estudio: la mirada alejada del telescopio para observar en perspectiva las variadas formas de resolución no pacífica de conflictos en el espacio y en el tiempo; y la mirada cercana del microscopio para observar al detalle las interacciones cotidianas que modelan la agresión en determinados escenarios locales, así como los lenguajes rituales con los que estas interacciones violentas acostumbra a revestirse. En este epílogo intentamos reconceptualizar la intersección entre jóvenes y violencias, reconstruyendo el papel de la violencia en los estudios sobre juventud y el papel de los jóvenes en los estudios sobre violencia. Para ello retomamos algunos datos etnográficos (y otras tantas ideas teóricas) emergentes de los textos, a partir de la (de)construcción de una serie de lentes de corte analítico a fin de volver a proyectar nuevas miradas sobre las violencias ejercidas y padecidas por los jóvenes: violencias (des)naturalizadas, (re)políticas, (a)culturadas, (des)juvenilizadas, (re)generadas, (en)carnadas, (re)presentadas y, finalmente, (des)armadas.